

**DISCURSO DE INGRESO EN LA REAL ACADEMIA
DE MEDICINA Y CIRUGIA**

(11 de Septiembre de 1986)

**"LA OFTALMOLOGIA ARABE ESPAÑOLA. UN MOMENTO
ESTELAR DE LA MEDICINA"**

por el

Dr. Emilio Robles Oñate

Sr. Presidente

Dignísimas autoridades

Ilustrísimos señores académicos

Señoras, señores

Queridos amigos:

Si he de ser sincero, es para mí una gran satisfacción y un gran honor haber sido elegido Académico de Número de esta Real Academia de Medicina y Cirugía.

Muchas gracias a mis ilustres compañeros académicos, que han creído ver en mí valores y méritos como para ser uno de ellos.

Quiero dar las gracias asimismo a mis maestros: el primero de los cuales fue mi padre, el Dr. Miguel Robles Sánchez-Cortés, gran oftalmólogo y excepcional ejemplar humano. Caravaca le honra como Hijo Ilustre, su familia y sus amigos con su cariño, sus pacientes con su agradecimiento y devoción. A él, no solamente le debo el ser, sino el ejemplo y el estímulo.

De mi infancia y adolescencia, entre otros, recuerdo con el mayor afecto a don Francisco García Marín, que despertó en mí el interés por la Historia, a don José Moya, a don Arturo Valenzuela, a don Francisco Mirete, a don Vicente Plá, etc.

En la Facultad a don José Escolar, a don Eduardo Ortiz de Landázuri y a tantos otros.

En la especialidad al Dr. Leoz, una de las inteligencias más cla-

ras que yo he conocido y de una erudición en temas oftalmológicos muy poco común, al entrañable Dr. Soto.

Al Dr. Arruga, maestro de maestros, que me honró con su amistad haciendo en mí un trasunto de la que tenía con mi padre.

Al Dr. Castroviejo, gloria de la oftalmología universal, de su humanidad y afecto en el trato mutuo y también del rigor en el trabajo.

A la saga Barraquer, de la cual todos los oftalmólogos españoles hemos aprendido, y quiero dar también las gracias a mis colaboradores en las tareas profesionales y a cuantos compañeros me han ayudado.

Y a ustedes mis amigos que se encuentran aquí, dispuestos a escucharme.

Ocurre que he de ocupar el sillón vacante de una gran persona, magnífico y completísimo oftalmólogo que fue el Dr. Alfonso Palazón Godínez, quien realizó en su discurso de ingreso en esta Academia una de las disertaciones científicas más interesantes que se hayan hecho sobre tema de trasplantes. Hombre de una amplia y sólida formación, fue de aquella generación de afortunados que vivieron uno de los momentos más apasionantes del resurgir de la ciencia española, la de los años de la Residencia de Estudiantes. Fue discípulo del profesor Márquez, creador de toda una gran escuela oftalmológica en España, del profesor Poyales, compañero de Castroviejo e íntimo amigo de toda la familia Barraquer. Su gran ambición científica le llevó a París, entonces gran meca de la oftalmología europea. Allí trabajó con el profesor Bailliart en el legendario Quince-Vingts, con el profesor Terrien y con el doctor Majitot, con el profesor Mawas, el mejor anatomopatólogo ocular de su tiempo con el que publicó trabajos, y con el profesor Franchesqueti posteriormente en Ginebra. Vuelto a España trabaja ya en Murcia de una manera ininterrumpida sin dejar de publicar trabajos, en algunos de los cuales aportó a la cirugía oftalmológica instrumentos de un extraordinario ingenio, como un compás para centrar el injerto de córnea, en cuya técnica fue pionero, una ventosa especial para la colocación de la lente de Ridley, un trépano para el corte regular en la cirugía corneal, y otras muchas observaciones.

Pero especialmente he de subrayar la gran humanidad, la gran sencillez y el extraordinario sentido de la amistad que tenía Alfonso Palazón. Murciano vivo, participaba de todo lo mejor de esta tierra,

todos los que lo conocimos, y a mi particularmente, al que me unía una gran amistad, le recordamos como un gran hombre y un gran oftalmólogo.

Trataré, desde este sillón, de continuarle dignamente.

Cualquier estudio del conjunto de la medicina tiene que conceder un lugar de privilegio a la Medicina del Medioevo Árabe, del mismo modo que en la historia universal es de importancia fundamental la cultura del Islam.

Esta surge paralela a Bizancio, influye sobre el Occidente, uniendo así los dos grandes núcleos culturales del mundo medieval. Sólo algunos aspectos se han estudiado de la medicina árabe, porque suelen dominar aún las ideas arquetípicas del antiarabismo del Renacimiento y de la Ilustración europeos y que han pasado a la tradición sin ser comprobados. Como dice Shiperges: "La estrecha visera del caballero cruzado, la pasión de una reconquista, el terror a los turcos son malos órganos para ver y oír". Hasta bien entrada la Edad Media se podía acusar de herejes a los sabios occidentales que conocían de la ciencia árabe. Con este bagaje se entiende que, salvo por los estudiosos, se tenga un conocimiento de la cultura y las ciencias árabes lleno de tópicos, cuando no tergiversadas y a veces humilladas.

Me propongo aportar algunos datos en relación con una parcela del saber médico musulmán que fue un momento estelar en la larga historia de la Medicina.

A modo de introducción hay que situar primeramente al pueblo árabe y al Islam en el mundo de la profecía, en el momento histórico de su expansión y en la ciencia y cultura que prevalecen en las tierras que conquistan.

En el mundo de la profecía, que alcanza desde el Nilo al Indo, desde el Cáucaso al Golfo Pérsico, estuvieron establecidos unos pueblos que han dado un sentido original al acceso a la divinidad. La Verdad Última, la palabra de Dios y su mensaje, se realiza a través de los profetas, el último de los cuales, Mahoma, nace en el 570 entre los árabes, un pueblo joven y entusiasta cuya doctrina el Islam (la sumisión) cala profundamente, quizá porque los comprendió mejor que nadie iniciándose así una de las aventuras más extraordinarias de la historia.

A su muerte, en el 632, once de la Hégira, el Yihad (guerra santa) lleva a los árabes a la conquista de Mesopotamia, Siria, Palestina,

Egipto, Persia y Norte de Africa bajo la dirección de brillantes jefes que encauzan sus instintos guerreros.

Son múltiples los problemas que se les plantean a estas gentes del desierto: políticos, económicos, administrativos, etc., y que con un gran sentido práctico a la vez que oportunista van resolviendo con un fino instinto. Su encuentro por tanto con la cultura helenística que, tras la muerte de Alejandro y la caída de los diádocos, domina en el Medio Oriente, es inmediata. Su influencia en ese área y en el Mediterráneo es total y poderosa, siendo sostenida aún por el Imperio Bizantino hasta fines del siglo V.

A principios de este siglo se funda la escuela de Gondishapur que se abre a los sabios de la clausurada escuela de Atenas y que los nestorianos especializados en la enseñanza de la medicina tratan de integrar con elementos dispersos de la medicina persa e india. Esta academia lleva el honroso título de "Academia Hipocrática" y nos permite considerarla ya como el primer centro científico del Oriente. En su evolución seguirá una dirección nueva y alcanzará un significado universal bajo el Islam, aún cuando la cultura árabe se desplazará también hacia el Occidente y en Córdoba, Toledo y Sevilla brillarán las ciencias, la filosofía y el arte.

Llama la atención desde un primer momento, entre el siglo VII al XV, la gran fuerza de asimilación cultural que ofrece el mundo musulmán. El árabe del siglo XI conoce las ciencias naturales de la Antigüedad, lee íntegro a Aristóteles, a Galeno y al "Corpus Hipocraticum", aparece la figura del "hakim" que representa un nuevo tipo de sabio secular: médico, filósofo y maestro. También llama la atención el carácter cosmopolita y la tolerancia intelectual del científico musulmán. Dice Al-Kindi, el primer gran filósofo de la medicina árabe: "No deberíamos avergonzarnos de reconocer la verdad y aceptarla venga de la fuente que venga, aunque haya sido proporcionado por generaciones y pueblos extraños".

A principio del ochocientos en Bagdag, nueva capital del Imperio, centro comercial con la India, el califa Al-Mamun funda la Biblioteca Bayt-Al-Hikna (Casa de la Sabiduría) que se convierte en el nuevo centro científico del Imperio, desde donde comienza una tradición de familias de médicos que sostienen la alta calidad de la medicina de su tiempo. (Esto es una curiosa peculiaridad de la me-

dicina árabe). De entre ellas destacarían los Buhtim y los Musawi y de esta última familia el gran oftalmólogo Yuhama-Ben-Masaway.

Hunaim-Ben-Isaq, al frente de un centro completo de traductores, realiza trabajos con criterios filológicos modernos, directamente de los manuscritos griegos, de tal manera que llegaron a conocer casi toda su producción de ciencias naturales, incluida la medicina y por ellos podemos conocer toda la amplitud de la ciencia médica griega. De este centro podríamos citar otros muchos traductores que trabajaban sobre los textos de Aristóteles, Platón, Hipócrates y Galeno, y coincidiendo en el tiempo, se establecen grandes colecciones de libros merced a que los árabes aprendieron la fabricación del papel a través de prisioneros de guerra chinos en Samarkanda a finales del s. VIII.

No podemos por menos que plantearnos qué concepto supone para el árabe la medicina, su ejercicio, su enseñanza y sus instituciones. Anteriormente a la época islámica poco se conoce que no sea una medicina popular beduina. En el Corán ya existen, en forma de Hadic (citas del Profeta), una serie de recomendaciones, ya sea de tipo higiénico o dietético, ya como un mandato para la asistencia al paciente.

Se ha de señalar que para el musulmán todo está en la raíz salvadora del mensaje coránico en su más amplio sentido. Debe seguir el "camino recto", "la saria", de tal manera que se pueda unir la salud privada con la salud pública, a diferencia con el Occidente donde las ciencias naturales han llevado a "no contar con Dios". La ciencia sin embargo, para el árabe es siempre un camino para aproximarse a Dios. Dice el Hadit: "Dios no creó el dolor sin crear al mismo tiempo un remedio para él". "Si encuentras el medio adecuado toda enfermedad será sanada con el permiso de Dios". Y el mandato: "Vosotros los que servís a Dios, curad".

El Profeta insiste en la limpieza, sea en forma de abluciones, etc. Piensa que la limpieza lleva a la salvación, que la señal del incrédulo es su suciedad (Sura IX— versículo 28). La tradición dice que Mahoma se limpiaba los dientes todas las noches. A su criado Zaid-Ben-Halid le nombró "señor del mondadientes" y que su último acto antes de morir para presentar su espíritu a Alá fue limpiarse los dientes. Esta antigua costumbre que, ya se haya en los persas, está en la más pura tradición del ceremonial religioso y de la limpieza corporal.

Sin embargo, el sentido médico y la conciencia religiosa entra en conflicto ante el nacimiento de la medicina científica con las aportaciones de las bases naturales griegas. De la dicotomía religión-teología, ciencia y naturaleza, de su discurso y confrontación saldrá fortalecida la ciencia, declarando al hombre objeto de la física superando la antigua formulación: sólo hay dos ciencias, la teología (salvación del alma) y la medicina (salvación del cuerpo), por aquella otra de Avicena que especifica que el hombre consta de cuerpo y alma y que todo le es común, filosofía, psicología, teología, cosmogonía, cosmología, etc. y que la materia es algo positivo y no negativo.

Hay una figura ya mencionada, en la vertiente de la enseñanza de la medicina y en el ejercicio de ella, el "hakim", que le da un valor y un significado especial, y también originalísimo, al aprendizaje de la medicina y que conformará la práctica de la misma. El "hakim" es el maestro por excelencia, el sabio y el filósofo. En su búsqueda los jóvenes con inquietudes harán largos peregrinajes para encontrarse con estos maestros, que les guiarán por los senderos de la cultura. Dice Miskawai "la amistad con los hombres sabios tiene mayor rango que la amistad con los padres, pues los hombres sabios cuidarán nuestras almas y crearán vuestro verdadero ser, de este modo la amistad del discípulo con el maestro está más próxima a la amistad del hombre con Dios".

Este impulso viajero se da en todo el Islam, pero de una manera más intensa en la España árabe que en ningún otro país. Se viaja a Buhara y Samarkanda, a Basora, a Bagdad, a los confines de la India y de la China y al interior de Africa para escuchar a un maestro famoso. Allí los discípulos se ejercitarán en la gramática y lexicografía, y junto a estos conocimientos literarios, harán prácticas de medicina, en visitas, consultas, cursos clínicos o en hospitales. En estas comunidades escolares íntimas dominará una gran tolerancia racial y religiosa, clara muestra de la paz islámica en el campo cultural.

¿Cuál es la misión del médico y cuál su posición ética? El arte médico y la ciencia médica son inseparables, la teoría de la praxis. El médico ha de cuidar del cuerpo y del alma de sus pacientes en salud o en los días de enfermedad, ha de reparar en sus dolores espirituales como de los físicos, hará recomendaciones de conducta y entenderá del equilibrio y la disposición psíquica del paciente. El

médico será un hombre culto, bien educado y sabio, cuidará también de su vida personal y hasta en los hábitos externos mostrará sus maneras cuidadas y su nobleza, de todo lo cual se beneficiará el paciente.

Al-Ruhawi en su "Formación del Médico", ya en el siglo IX, recomienda la lucha contra la superstición y el curanderismo, llama la atención al Estado para que controle y supervise las instituciones hospitalarias y la enseñanza, y también aboga por una extensión de los cuidados higiénicos y sanitarios para toda la población.

Así como en la Antigüedad Clásica Griega y en Roma la medicina ocupa un rango inferior al de las Artes Liberales, entre los árabes ésta se sitúa en el lugar de una ciencia pura y, como consecuencia, deviene en elemento destacado de la cultura.

Sus cultivadores se inician en la Madrasa o escuela aneja a la mezquita y en su evolución, teniendo en cuenta que el sentido primitivo de la mezquita no es sólo el lugar de oración sino de reunión, en donde la comunidad establece la escuela, el mercado, el albergue, etc., surgen y se desarrollan los oficios y las instituciones. De la Madrasa se llegará a la Academia y del albergue al Bimaristan u Hospital General.

La Madrasa será el centro de toda la educación y, ocasionalmente, el estudiante encontrará en ella alojamiento y estipendio. La enseñanza será pública y al comienzo sin normativa. Los maestros, en patios o pasillos de la mezquita, se sentarán en lugar alto y en cuclillas; y los alumnos, en semicírculo y en esterillas, escucharán los comentarios de algún texto. Pronto se añadirán edificios que albergarán bibliotecas, aulas, salas de conferencias, pensionados, en ocasiones jardines, apartamentos privados para los sabios, profesores, almacenes, baños, etc., instalaciones hospitalarias y también farmacias, boticas, herboristería, etc. La más antigua de estas "Casas de la Sabiduría" Bait-Al-Hikma se funda en Bagdad por el califa Al-Mamun y, más tarde, las encontraremos en Basora, Buhara, Damasco, Samarkanda, El Cairo y, más especialmente, en el territorio árabe de Al-Andalus.

Los viajeros islámicos de los siglos XI y XIII nos hablan admirados de la erudita vida de estas instituciones, y de la formación clínica que se vive en estas academias. Ali-Ben-Al-Abbas, en su "Libro Regio", nos describe las horas de enseñanza clínica, los cursos regu-

lares y sus disciplinas, las salas de enfermos con pabellones y departamentos especiales, los días fijos de visita, las listas de medicamentos, la cocina dietética, las farmacias, las condiciones en que se encuentran los enfermos y su evolución, las prácticas médicas, etc.

Ibn-Abi-Usaybiya nos cuenta cómo los médicos, los profesores y discípulos, después de la visita médica, se reunían en la biblioteca a discutir y comentar los casos clínicos (en alguna de estas bibliotecas, como la de Mosul, a los alumnos se les facilitaba el papel gratis para sus notas y apuntes. Hay que tener en cuenta el valor especial que entonces tenía el papel que se comenzaba a fabricar y su uso era muy restringido).

En las lecturas oficiales a veces eran invitados o asistían gramáticos que cuidaban de la correcta interpretación de los textos y de la buena pronunciación, o de naturalistas y físicos que enriquecían con su saber los comentarios y discusiones científicas.

La designación del profesorado era por decreto, y al nombramiento y lectura inaugural del profesor asistían altos dignatarios y con frecuencia el califa si se realizaba en la Madrasat Nizamiya de Bagdad.

Como complemento de la Academia y parte esencial de la misma en la enseñanza, aunque independiente en la asistencia pública, es el hospital islámico o Bimaristan.

El califa Harum-Al-Rashid, el amante de Sherazade, decretó en el 786 que toda mezquita tenía que tener anejo un centro hospitalario. En el siglo XI surgen enormes y numerosas instalaciones hospitalarias en todo el mundo musulmán, y en los documentos de que se dispone ya se hallan referidos su distribución, su administración, su modo de trabajo, personal, etc. Existía una dirección médica y una administración independiente, un personal especializado cuidaba de hombres o mujeres, los médicos jefes pasaban la visita acompañados de sus médicos subordinados, los estudiantes actuaban como auxiliares, funcionaba una especie de policlínicas con determinadas horas de consulta para pacientes en régimen ambulatorio. Para los internados habían departamentos de las distintas especialidades distribuidos en salas: enfermedades internas, cirugía, traumatología y ortopedia, infecciosas, ginecología, oftalmología, y asilos especiales para enfermos mentales. Había salas operatorias donde era obligatoria la presencia de estudiantes en número de dos a tres para el

aprendizaje de las técnicas y habilidades quirúrgicas. Las recetas eran prescritas por el médico y las indicaciones iban directamente a algunas de las farmacias de que disponía el hospital, además y junto a él, estaban las perfumerías y almacenes de botica.

Una policía sanitaria controlaba que los productos fueran auténticos y no sucedáneos.

A los cirujanos se les controlaba sus conocimientos de anatomía e instrumentación. Los oftalmólogos tenían que hacer un examen especial y conocer el "Tratado de los Ojos" de Hunaim-Ben—Ysak.

Del papel de los baños, institución de gran relevancia religiosa, socio-cultural, higiénica, política, etc. así como de su incidencia tanto en la medicina como en la cultura árabe, no me voy a ocupar por razones obvias de espacio.

La Oftalmología como actividad profesional de la medicina y como especialidad ligada a la misma tiene muy antiguos antecedentes en la historia, pero de una manera muy particular fue profundamente estudiada, apreciada y enriquecida por los árabes. No es exagerado decir que hasta el siglo XVIII no es superada en sus conocimientos de una manera estimable tanto en su realidad teórica como práctica, y aún en determinadas parcelas científicas son los sabios árabes los que sientan las bases que tendrán vigencia y continuación hasta los tiempos de la Ilustración: como es el caso de la óptica.

Este esplendor de la especialidad que ocupa mi actividad profesional y el hecho de que en gran medida se deba a científicos españoles como Al-Gafiqi, Alcoatí, Abenzoar, Abulkasis, y Averroes, todos ellos de talla universal, además de otros muchos, es por lo que me ha apasionado la idea de su estudio, y también la circunstancia histórica de que esta especialidad haya tenido una continuación en nuestra patria con nuevas glorias e ilustres nombres en nuestros días.

Sabemos que fue cultivada, y tenemos documentación de ello, desde la Antigüedad en China, Japón, la India, Persia, Egipto, Grecia y Roma. También sabemos que se conocía la anatomía del ojo, su fisiología, sus enfermedades y que se realizaban tratamientos médicos y quirúrgicos, aunque todos estos conocimientos no fueran muy perfectos y en muchos casos equivocados.

En la extensa obra de griegos y romanos aparece con más nitidez y claridad su saber, su ejercicio, sus modos de enseñanza, etc. y es obligado citar a Hipócrates, Celso y Galeno, los grandes gigantes de

la medicina clásica, porque sus publicaciones informan una larga etapa que alcanza hasta la Edad Moderna. De los setenta y dos libros que se conocen de Hipócrates, uno de ellos llamado "Periopsios" está dedicado a los ojos aunque con errores. Más importantes son las aportaciones de Celso que describe 21 procedimientos quirúrgicos, además de otros hallazgos anatómicos; y sobre todo, la gran personalidad de Galeno, que supone la suma de todos los conocimientos y saberes de la medicina griega, junto a su propia y enorme experiencia. De él se conoce el "Tratado de Anatomía y Fisiología del Ojo" cuyas ideas nos llegan a través de las traducciones árabes, al igual que los conocimientos de óptica de Aristóteles, Dioscórides y algunos otros nos vienen enriquecidos por los traductores médicos árabes con sus aportaciones personales.

Ya hemos dicho anteriormente que los árabes se encuentran en sus conquistas con unas culturas antiguas en Egipto, Siria, Mesopotamia y Persia que respetan y adoptan en muchos casos, pero de todas ellas la cultura griega es la más importante y la de mayor influencia. También la más profunda y la de mayor vigor y rigor lógico.

Debe de recordarse que ya existen en Alejandría, Gondashipur, Antioquía, etc., centros científicos a los que los árabes dan crédito, estímulo y protección y ha de reconocérseles a estos hombres que llegan del desierto el genio y la lucidez para saber estimar el valor de la sabiduría que se alberga en estos centros e incorporarlo a su joven civilización. Esta actitud, salvo alguna excepción como en Alejandría, es un ejemplo de tolerancia y de sentido común poco frecuente en la historia y en las confrontaciones humanas.

Hay que separar dos períodos en la evolución de la ciencia árabe: uno sería el de encuentro, traducción y asimilación de estas otras culturas, que se puede estimar en unos cien años, y el siguiente, el de la producción propia.

De los años anteriores y coetáneos al fulgurante nacimiento del Islam poco sabemos de sus médicos oculistas ni de sus conocimientos, si se exceptúa a Burzuyeh, médico de fama que vivió en el reinado del sasánida Corroes el Grande y que lo cita Al-Taalibi en la "Historia del Médico Burzuyeh y el libro de Kalila y Dimna". En ese libro hay una preciosa historia que les voy a contar: Corroes el Grande tenía 120 médicos, tanto griegos como indios y persas. Uno de los más ilustres médicos persas, el que se daba más al estudio de los

libros, era Burzuyeh. Habiendo leído en un libro que en algunas montañas de la India había una maravillosa planta medicinal que hacía resucitar a los muertos, pensaba constantemente en esta planta.

El rey le permitió y le dio facilidades para este viaje. En vano Burzuyeh busca esta planta. Pregunta dónde está el sabio más hábil y más inteligente de la India, y le indican un hombre muy viejo a quien Burzuyeh explica el motivo de su viaje.

¿No has comprendido —le dice— que esto es una alegoría? Al mencionar la montaña se ha querido designar a los sabios; al hablar de las plantas se han referido a sus palabras saludables y beneficiosas; los muertos son los ignorantes. Los antiguos quieren decir que los sabios que instruyen a los ignorantes con sus máximas es como si hicieran resucitar a los muertos. Estas máximas están en el libro llamado “Kalila y Dimana”, que solamente se halla entre el tesoro del rey. Burzuyeh consiguió del rey el permiso de copiarlo y se lo llevó a Persia.

Se trata de la obra atribuida a Pilpay o Bidpay, el Pachatantra (los cinco libros).

Debo de mencionar al médico Harets-Ben-Kalada, coetáneo de Mahoma, al que conoció y que estudió en Gondashipur, al médico Ibn-Abi-Rapita, padre de la cirugía árabe, que también trató a Mahoma. Conocemos de Zeinad, mujer de la tribu de los Beni-Hud que se ocupaba del tratamiento de las oftalmías en el siglo VIII.

De aquellas famosas dinastías de médicos árabes que emigraron de Gondashipur a Bagdad como la familia de los Bajtichu que durante cuatro siglos dieron médicos de fama, o los Mesué, etc., se encuentran numerosos especialistas oftalmólogos.

Llegado a este punto es necesario insistir y recordar que la oftalmología fue una ciencia enormemente valorada, y cultivada de manera muy especial dentro de la ciencia médica árabe, en la que ocupaba un lugar de primacía y preferencia, y que en el Al-Andalus está representada por los especialistas de mayor relieve. Esto no es de extrañar dado el nivel cultural de nuestro país si se tiene en cuenta que en el siglo XII había 70 grandes bibliotecas y 17 instituciones de altos estudios, destacando Córdoba, Sevilla y Toledo que no sólo rivalizaban con Bagdad, El Cairo, etc., sino que fueron refugio de las ciencias de su tiempo y centro de difusión para el resto de una Europa inculta que recibió de esta manera una herencia ina-

preciable entonces e inapreciada ahora que da continuidad a la cultura occidental y que contrasta con la destrucción brutal a que fue sometida en las distintas regiones europeas por germanos, sajones, francos, visigodos, ostrogodos, lombardos, etc. Durante el oscuro período del Medioevo europeo los problemas de la salud y de la ciencia médica son relegados a la superstición, a las curas milagrosas cuando no a encantamientos.

Por fortuna a Toledo llegaron los primeros espíritus inquietos europeos a beber de las fuentes de la sabiduría acumulada en los textos oftalmológicos griegos de Alejandro de Troyes, de Galeno o de Constantino el Africano de fundamental trascendencia para la introducción de la oftalmología y de la medicina en Italia y, en consecuencia, en toda Europa a través de la Escuela de Salerno, primer gran centro de la Alta Edad Media para el estudio de la medicina en el área mediterránea. Estos estudios se hacían en lengua árabe y griega. Es en esta ocasión que el Occidente solicita al Oriente los tesoros de su ciencia: Gerardo de Cremona viene a Toledo y lleva a Salerno todo el bagaje de conocimientos de medicina que después se extenderá por Europa.

¿Qué oftalmólogos árabes se conocen, cuál fue su obra escrita y qué aportaron de nuevo a la ciencia?

En el siglo X funda el califa Abderramán III, en Córdoba, la primera escuela de medicina de Europa de la que salieron los primeros oculistas. Abderramán, amigo de las Ciencias y de las Artes, se propone rodearse de sabios y crea el más importante centro científico desde la caída del Imperio Romano. De esta época conocemos a los hermanos Omar y Ahmed, hijos del célebre médico cordobés Yunes-Al-Harani, que estudiaron en Bagdad oculística con los grandes maestros de la época.

Abul-Kasim-Jalef-Ben-Abaas, conocido como Abulkasis, también cordobés, que escribió un famoso "Tratado de los Ojos y sus Remedios" de cuyo valor, interés y relevancia nos da idea el hecho de que fue obra de texto hasta el siglo XVII en casi todas las escuelas de medicina de Europa y el Oriente. Abulkasis fue íntimo amigo del poeta español Abenhazam que escribió "El collar de la Paloma", joya de la literatura universal. Médico de los califas Abderramán III y Alhaken II, hombre de gran cultura y de completísima personalidad escribió su gran manual "Kitab-Al-Tasrif" (la Disposición) que ne-

cesitaría un largo comentario, ya que se trata de una obra clásica de la cirugía donde hay observaciones desde la coagulación de la sangre hasta los tratamientos por frío y cauterización para operaciones incruentas; desde las ligaduras de vasos y compresión hasta las técnicas de sutura y colocación de apósitos; de la anestesia mediante el opio a tratamientos traumatológicos y de la instrumentación, de la cual se conservan unos doscientos dibujos (de extraordinario valor a causa de la escasa iconografía que nos legan los árabes, debido a su costumbre de evitar la representación figurativa).

En el siglo XI destaca el famoso oftalmólogo y farmacólogo toledano llamado Ibn-Guefit, quien escribió un tratado de las enfermedades de los ojos y una obra de terapéutica "Sobre los Medicamentos Simples".

En el siglo XII brillan dos médicos de la familia Abenzoar que, por sí solos, se sitúan entre los más altos e interesantes representantes de la época dorada del Islam: Ibn-Zuhr pertenece a los Banu-Zuhr, extensa familia de médicos que durante generaciones atendieron a las más nobles casas andaluzas, nacidos en Sevilla, en sus escritos predomina el juicio basado en la propia observación y en la experiencia clínica. A él se le debe el descubrimiento del arador de la sarna y de la alimentación artificial mediante sonda estomacal. Maestro de otro gigante de la oftalmología andaluza en su período estelar: del cordobés Ibn-Ruhz, más conocido por Averroes.

Averroes es el médico de mayor influencia en la filosofía médica de toda la Edad Media. Muy joven fue conocido como sabio que dominaba la filosofía, la medicina y el derecho, mente enciclopédica, fue perseguido por sus ideas liberales, creía que el hombre tenía la posibilidad de convertirse, mediante la ciencia práctica, en dominador de la técnica y en Dios de este mundo.

Coetáneo de estos personajes fue el toledano Alcoatí, eslabón entre la escuela árabe y la de Salerno. Servidor del famoso Miramamolín, caudillo guerrero almohade, pero también amante y protector de las Ciencias y de las Letras. En su obra, dividida en cinco libros, nos dice de la Escuela Médica de Toledo en el primero de sus libros, y de los muchos médicos y oculistas que iban de todo el mundo conocido a interesarse por la ciencia oftalmológica. En el segundo libro trata de la anatomía del ojo; en el tercero, de las enfermedades del mismo, de las intervenciones quirúrgicas, entre ellas

la de la catarata con dibujos y diseños de instrumental; el cuarto y quinto libros, sobre terapéuticas y medicamentos.

Nos quedan algunos otros célebres oculistas hispano-árabes de los siglos XII y XIII, como el granadino Muhamad-Ben-Abdalah-Al-Jatib, último de una larga y gloriosa pléyade de oftalmólogos andaluces, cuya obra médica monográfica se encuentra en la Biblioteca Nacional de París.

No quiero agotar su atención con la enumeración de otros muchos más oculistas, puesto que su número es muy extenso, así como también debo limitar mi discurso sin hacer referencia al capítulo de la óptica española, a pesar de su importancia y por la misma razón. Pero tengo forzosamente que subrayar que ésta tiene vigencia, a partir de Alhazem en toda Europa hasta Galileo, Kepler y Newton, y que de las bases científicas que sentó Alhazem somos deudores.

Me detendré, por último, en un erudito y sabio malagueño Al-Gafiqui, del cual se conserva un manuscrito en la Biblioteca de El Escorial, que aunque quemado en parte, ha sido traducido y editado por el doctor Meyerhof en el año 1933. En él encontramos los textos en francés, árabe y su fonética. Yo tengo la fortuna de poseer un raro ejemplar de esta limitada edición. Este tratado de oftalmología de Al-Gafiqui lleva por título "Al-Murchid-Fil-Kohl", o sea, guía del oculista. El Kohl es un polvo negro compuesto de sulfuro de antimonio, y quiere decir estrictamente guía de aplicar el Kohl. Está dividido en seis tratados y cada uno de ellos consta de varios capítulos. Resulta verdaderamente interesante y tentadora su lectura, pero el comentario de este texto nos llevaría muy lejos.

Sólo me permitiré una cita del capítulo segundo del primer tratado que habla de la nobleza de la profesión médica. Dirígese al discípulo el autor y le dice así: "Hijo mío, has de saber que quien quiera estudiar esta profesión y ejercerla ha de ser agradable y misericordioso, hacedor del bien, sosegado y prójimo de las personas, consante en atender a los enfermos, sobre todo a los necesitados, de palabra dulce, de buena conducta, huyendo del malhumor, y pues este oficio es el más útil al hombre es el mejor y el más noble de todos los oficios".

Finalmente, quiero llamar la atención sobre algo que resulta asombroso: el dominio que llegaron a alcanzar en algunas de las

técnicas quirúrgicas los oftalmólogos hispanoárabes incluso en las que en estos momentos llamaríamos más actualizadas. Fruto del estudio, de la experiencia y de la observación atenta, alcanzarán una altura científica que pasarán siglos hasta que se puedan mejorar. Con un gran ingenio y extraordinaria habilidad, con unos medios muy elementales, realizaron intervenciones muy delicadas. El paradigma de todas ellas podría ser las distintas técnicas de intervención de la catarata. Algunas, ya conocidas y practicadas en la Antigüedad, y en el Oriente, los oculistas árabes las perfeccionan, sistematizan y aún añaden detalles técnicos fundamentales, que siguen vigentes en Europa hasta que Jacobo Daviel, oculista del rey Luis XV de Francia, en el siglo XVIII, presenta su comunicación a la Real Academia de Cirugía de Francia en 1752, abriendo una era nueva en la cirugía ocular.

No obstante, la más moderna, la más actual de cuantas se conocen, sólo que con medios mucho más sofisticados, tiene un antecedente histórico en los oftalmólogos árabes, que no solamente son sus creadores, sino que la practican regularmente y con suma habilidad: se trata de la técnica de succión.

Podría abundar en el conocimiento que de la ciencia oculística poseían estos ilustres andaluces, particularmente de la farmacología ocular, del uso de los colirios, de la fisiopatología neuro-ocular (vía óptica, etc.) pero todo esto se haría muy largo.

Sólo he querido aportar, como dije al principio, algunos datos y algunos personajes que honran a la ciencia y al país que les vio nacer, y tratar de mostrar una parte de nuestro gran patrimonio cultural y científico del que debemos sentirnos orgullosos.

Ilustrísimos Señores Académicos, Señoras y Señores. Si me he permitido adentarme en el complejo campo de la historia, más por vocación que por dedicación, no ha sido tanto por abusar de la amable atención de ustedes con un discurso pretendidamente erudito, sino porque considero de primordial importancia la peregrinación que cualquier ámbito del saber científico debe hacer a sus orígenes históricos. Porque la historia, señoras y señores, es ciertamente "magister vitae" maestra de la vida.

Muchas gracias.

Excelentísimo Sr. Presidente
Ilmo. Sr. Decano de la Facultad de Medicina
Ilustrísimos Señores y compañeros de Academia
Señoras, Señores
Queridos amigos:

DISCURSO DE CONTESTACION

por el

Dr. D. Francisco Carles Egea

Laurence J. Peter, psicólogo autoritario y convencional durante algún tiempo tuvo la feliz e inusual idea de preguntarse un día por qué hay tanta gente frustrada e inútil en todos los niveles de la gestión social. Él mismo se preguntó si los niveles de sus personas habían comenzado a ejercer sus profesiones, oficios o carreras con aceptable rendimiento, y que los más desfavorecidos de entre ellos pronto ascendían a escalafones más altos. Hasta que, en un momento determinado de esta ascensión, cuando por fin habían alcanzado el grado máximo de armonía entre sus saberes y la tarea que tenían que cumplir, alguno era capaz de quedarse definitivamente estancado en la cima de su competencia máxima. La subida continuaba implacable, a impulso de los deseos del triunfo social y a la vez de los instintos de la agresividad competitiva propia del animal humano.

En el estanco siguiente, les aguardaba una tarea más compleja para la que ya no estaban preparados. Seguían inevitablemente sufriendo a jerarquías superiores, hasta alcanzar un rango insignificante y a la vez, el de su incompetencia máxima. Peter elevó esta observación a la categoría de principio (modestamente dice que le parecía

Excelentísimo Sr. Presidente

Illmo. Sr. Decano de la Facultad de Medicina

Ilustrísimo Señores y compañeros de Academia

Señoras, Señores

Queridos amigos:

Laurence J. Peter, psicólogo galardonado y convencional durante algún tiempo, **tuvo** la feliz ocurrencia de preguntarse un día por qué hay tanta gente fracasada e inútil en todos los niveles de la gestión social. Observó a continuación que la mayoría de esas personas habían comenzado a ejercer sus profesiones, oficios o carreras con aceptable rendimiento, y que los más aventajados de entre ellos pronto ascendían a escalafones más altos. Hasta que, en un momento determinado de esta ascensión, cuando justamente habían alcanzado el grado máximo de armonía entre sus saberes y la tarea que tenían que cumplir, ninguno era capaz de quedarse definitivamente instalado en la zona de su competencia máxima. La subida continuaba implacable, a impulsos de los deseos del triunfo social, y a lomos de los instintos de la agresividad competitiva propia del animal humano.

En el escalón siguiente, les aguardaba una tarea más compleja para la que ya no estaban preparados. Seguirían inexorablemente subiendo a jerarquías superiores, hasta alcanzar un rango insigne que sería, a la vez, el de su incompetencia máxima. Peter elevó esta observación a la categoría de principio (modestamente dice que le parecía

excesivo llamarlo norma). El principio de Peter viene a decir aproximadamente así: casi todos los individuos pugnan por ascender en su escalafón socio-laboral, hasta que sobrepasan su techo y sucumben al desastre, o sea, a su máxima incompetencia.

En su reciente libro: "La Pirámide de Peter" similar razonamiento es aplicado a las estructuras sociales y políticas (gobiernos, empresas, partidos, academias, etc.).

Y aquí es donde quería yo venir a parar, después de este excursio. Todo aquello que se organiza demasiado, que se reorganiza, que se reglamente, se burocratiza, se sobreordena, está amenazado de confusión, de anquilosis operativa, de falta de creatividad y de conversión en un sistema estático que autocontempla su propio barroquismo. "La Pirámide de Peter" es, por definición, una pirámide invertida sobre la que se pueden adosar infinitas capas de complejidad creciente, que marginan los fines propios iniciales de los primeros estratos.

Señores, los Académicos de Medicina estamos amenazados en nuestro tiempo por la inoperancia propia de una pirámide de Peter. Sus funciones, organización y objetivos deben ser redefinidos, en el recibidor del siglo XXI. A los Académicos nos enfila también, como individuos que hemos alcanzado un alto rango social convenido, nos apunta, digo, el principio devastador de Peter. Somos sospechosos de estar etiquetados y sumidos en el nivel de nuestra incompetencia máxima. Permítanme decirles, sin embargo, que tengo constancia suficiente y conocimiento de causa para asegurarles que en lo que concierne a la Real Academia de Medicina de Murcia los ánimos de nuestros hombres están despiertos, la atención vigilante y la voluntad firme para superar la amenaza, renovar lo caduco, vigorizar nuestra empresa y adecuarla a las nuevas exigencias de nuestra sociedad, bajo la esforzada y entusiasta batuta de nuestro Presidente, y la decidida colaboración del resto de la tropa académica.

Buena prueba de ello es lo que está sucediendo aquí ahora: El Dr. Emilio Robles Oñate se incorpora a la Academia con un discurso magnífico, en un tiempo vital óptimo, al amparo de un "currículum" perfecto, y con una personalidad de alta cotización en la bolsa de los valores humanos y científicos. Cualquier intento de aplicar al Dr. Robles el principio de Peter sería, pues, una simple villanía.

Emilio Robles es un murciano de Caravaca. Pertenece a ese gru-

po de murcianos extra-capitalinos de pura cepa, que tanta savia suelen aportar al tronco común del murcianismo bien entendido. De buena raíz, de excelente catadura, desde su infancia tiene el privilegio de encontrar el claro espejo del padre, que será guía y maestro, y la armonía de un hogar, que amparará el desarrollo de una personalidad equilibrada, la inclinación al trabajo serio, y el cultivo de cualidades humanas básicas.

No voy a detallar los merecimientos científicos que le han hecho acreedor a su nominación Académica. Su curriculum está a disposición de los interesados. Destacaré sólo algunos datos relevantes: Doctor por Valencia en 1974, Jefe de Servicio de Oftalmología de la Residencia Sanitaria Virgen de la Arrixaca de Murcia desde 1968, Profesor Ayudante del Departamento de la Cátedra de Oftalmología de la Facultad de Medicina de Navarra, de la de Murcia, Profesor de la Escuela de Enfermería de la S. S., mantenedor de cursos para post-graduados, organizador de clases teóricas y prácticas en su Servicio.

Becario en Navarra, en el Spanish Institute de Nueva York, del Gobierno francés (Direction de Cooperation Technique Paris y Lyon), del Ministerio Español de Educación y Ciencia, con beca postdoctoral para investigación en el extranjero en Inglaterra, del Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia y del Consejo de Europa para Alemania (en Heidelberg y Tübingen), becario del Instituto Italiano de Cultura (Roma y Bolonia). Primer Presidente y fundador de la Sociedad Oftalmológica del Sureste. Director durante cuatro años del Nuevo Hospital de San Carlos de Murcia. Vocal nacional de Médicos Mundi y ponente en diversas asambleas de dicha organización asociada a la Organización Mundial de la Salud. Coordinador regional del Plan Nacional de Prevención de la Ceguera. Presidente del Segundo Congreso Nacional de Otoneurooftalmología.

Un clínico bien formado, un oftalmólogo puntero, un universitario ejemplar, un investigador en concordancia con los medios disponibles, un buen ejemplar de médico de nuestro tiempo, que ha sabido hacerle compatible, al máximo rendimiento, su absorbente tarea asistencial pública y privada con las exigencias de una formación continuada, de una inquietud científica y de un apasionamiento cultural que le ha llevado a interesarse por la historia, la literatura, el

arte y la política para entender mejor el sentido del mundo que le ha tocado vivir.

Dos rasgos, a manera de ejemplo, de su espíritu universal. Emilio Robles es, a la vez, vicepresidente y socio fundador de la Peña Flamenca de Murcia, hace ya unos 15 años, y vocal nacional de *Médicus Mundi*, apóstol fotóforo, es decir, portador de la luz a los que no ven en las lejanas miserias del tercer mundo. Médico asistente de los hospitales de Nemba y Guihara en Ruanda. Experto en Oftalmología Tropical, Delegado por *Médicus Mundi* de España para la Asistencia y Cooperación con el Tercer Mundo. Desde la degustación ceremonial y festiva de un cante hondo por soleares, hasta la renuncia sacralizada a su descanso agosteano, para ir en peregrinación y misión redentora científica a los pobres del mundo, bajo un sol de justicia que no calienta turistas, sino que evidencia la miseria.

Pero hay más: con ser sobrados, como habéis oído, sus méritos profesionales y académicos, Emilio Robles cumple el requisito primero que reclamaban los clásicos para ser médico: "Vir bonus mendendi peritus". Robles es un hombre bueno, cosa que en estos tiempos no se puede predicar de cualquiera. Lo pueden atestiguar cuantos le conocen, sus numerosos amigos, todos aquellos pacientes a quienes ha tratado con sabiduría, caridad y esmero, quienes le han necesitado. Parafraseando al flamenco, del que tanto entiende, cabe decir que él sí que es un hombre de letras y el que lo busca lo encuentra.

En el terreno estrictamente científico e investigador, dentro de su especialidad, el doctor Robles viene avalado por una serie de trabajos y técnicas innovadoras en Murcia, que legitimarían sobradamente por sí solos su nominación académica. Por citar algunas: técnicas de crioeextracción de la catarata y crioterapia en el desprendimiento de retina. Técnicas de microcirugía en el glaucoma: trabeculotomía y trabeculectomía. Fotocoagulación en enfermedades de la retina. Fluoruesceingrafía como técnica exploratoria en enfermedades retinianas. Electrorretinografía. Técnicas de implantación de cristales artificiales. Técnicas de ortóptica y pleóptica en rehabilitación de estrábicos y en paresias musculares del ojo.

Hombre reposado, de un tiempo vital sereno, es uno de esos médicos de los que se sabe cuando empieza aproximadamente su consulta, pero nunca cuando la terminan, el doctor Robles es un ocu-

lista de saberes científicos y de carisma mágico. De los que hablan largo con sus pacientes: un caso de estrabismo convergente en un paciente suyo que sea entendido en música, o que tenga algunas reflexiones que hacer sobre el apasionante asunto de los templarios, puede prolongarse algunas horas. Conversador ameno, curioso del intelecto, extrovertido y atento a su entorno, moderadamente pícnico (pícnico-atlético impuro, en todo caso), Emilio Robles propende, como casi todos nosotros, a la tasa indiscreta de colesterol en sangre, gusta de un trago de cerveza fría en los rigores agosteoños, tiene buen diente y excelente encarnadura. Es decir, está fuerte como dos robles, como su propio nombre indica.

Galante, educado, refinado de gustos y maneras, seductor de Doña Inés, como único parecido con Don Juan, le acompaña la ilusión justamente esperanzada de su amado hijo Miguel.

Señores, tal es el inacabado perfil que mi limitado ingenio y palabra han sido capaces de hacer de este ilustre vecino (vive a veinte pasos justos del lugar en que ahora estamos) que hoy honra con su incorporación a esta Academia.

Un cierto grado de perplejidad me asalta llegado a este momento de mi discurso. Para cumplir con el honroso cargo que se me ha hecho de contestar, en nombre de la Academia, a la hermosa lección que, sobre la oftalmología árabe, hemos escuchado al Dr. Robles, iniciático como soy en esta tarea, temo no encontrar el equilibrio necesario que me ponga a salvo de parecer la novia en la boda, el muerto en el entierro o el conferenciante del día, que aquí no es otro que el Dr. Robles. Tampoco la medida debe ser tanta que no se apunten algunas reflexiones pertinentes o complementarias al material apasionante que con hoy nos ha ilustrado el nuevo académico.

Cuando al amanecer de un remoto día del verano del año 710 un grupo de reconocimiento formado por 400 hombres al mando del beber Tarik ibn Malluk salta desde los desiertos del Mogreb a las fértiles tierras del Al-Andalus, poniendo pie en punta Tarifa, perpetuadora así del nombre del general moro, comienza un apasionante período de la Historia de España, con repercusiones universales, todavía no definitivamente explicado, y del que, con frecuencia, se nos han ofrecido versiones e interpretaciones fragmentarias o interesadas.

En efecto, los ocho siglos de dominación árabe en España y de la Reconquista que la acompaña, no son una historia de buenos y

malos, de pasiones guerreras y cruzadas enfrentadas. Son también, y principalmente tiempos de una convivencia cultural, de un trasvase continuo de saberes, costumbres, modos y entendimiento de la vida.

La España mora —comenta Montgomery Watt— ha despertado durante muchos siglos la imaginación de Europa. Los romances cantan la valerosa resistencia de Roldán en el paso de Roncesvalles y la figura del Cid aparece todavía rodeada por una leyenda mítica. Para el historiador científico el tema no deja de ser fascinante. Se trata de una cultura oriental que penetra en Europa por nuestro país y que ha dejado reliquias numerosas de su esplendor. Habría que considerar a la España Islámica tanto en sí misma, como formando parte integral de un vasto imperio musulmán. Un análisis de la propia creatividad del Islam en nuestra tierra, de las influencias que de ella irradiaron al resto del mundo y de las incorporaciones que recibimos de fuera, constituye una empresa que ha ocupado a eminentes historiadores que obviamente no podemos tratar aquí.

España, con sus grandezas y sus defectos —dice Claudio Sánchez Albornoz—, es el resultado de esta lucha de ochocientos años. En vano se ha intentado explicar de otra manera y por otros caminos el enigma hispano. La clave de la psicología, del estilo, del temperamento y de las instituciones españolas están ahí. Como ustedes saben sobradamente se han entablado apasionantes debates fuera y dentro de España sobre una interpretación general de nuestra historia y concretamente sobre el significado del período musulmán dentro de la misma. En general los historiadores católicos han propendido a la tesis de considerar el período de dominación musulmana como un mero paréntesis en la vida ininterrumpida de una entidad única, la España católica, que enlazaría, desde fuera del paréntesis la España visigoda con los Reyes Católicos. Una tesis más consistente es la que sostiene, entre otros Américo Castro (España en su historia, cristianos, moros y judíos) y que consiste en la postulación de que no existe una continuidad entre la España visigoda y la cristiana posterior, sino que esta última constituye algo nuevo nacido y desarrollado a partir de una cultura mixta (árabe en gran medida) y que floreció bajo los musulmanes.

De cualquier forma, la floreciente cultura del Al-Andalus sería materia suficiente para, con sólo enumerar sus líneas maestras, hil-

vanar algunas docenas de folios, que, cumplidor como soy de los encargos que se me hacen, tengo elaborados, pero que, exento de sadismo intelectual, renuncio formalmente a exponerles.

Déjenme solamente hacer unas referencias aligeradas.

Hemos escuchado al Dr. Robles las maravillas de la Oftalmología islámica, que no son sino el reflejo de la Medicina en general. Cualquier estudio del conjunto de la Historia de la Medicina tiene que conceder un lugar privilegiado a la historia del medioevo árabe —dice Heinrich Schipperges—. Esta medicina difícilmente puede considerarse como una disciplina aislada. Está vinculada a la sistemática científica de otros campos de las ciencias naturales, así como a la religión, sociedad, usos y costumbres, es decir, a toda una forma de cultura. Sus orígenes proféticos no la libran, sin embargo, de la pasión por el cientifismo de algunos de sus eminentes cultivadores que rozan la herejía y establecen los principios del saber científico basado en la observación, más que en la tradición o el dogma. La oposición entre ciencia y fe fue particularmente fructífera en el Islam, contrariamente a una opinión extendida según la cual la medicina árabe se desarrolla como un corolario higiénico-terapéutico derivado de los preceptos de Koram.

Podríamos hablar, por ejemplo, dentro del campo de las ciencias médicas, de cómo los árabes descubrieron la circulación de la sangre, varios siglos antes que Pareto, Servet o Harvey. Así Ala Al Din Ibn Al Hazam Al-Quarashie, conocido como Ibn an-Nafis, discípulo del eminente Ad-Dakwar, nacido en Damasco en 1210, cuya vida y milagros nos ha sido transmitida por su poesano y coetáneo Usabya, también oftalmólogo, y aficionado a la historia de la medicina, por cuya fortuna disponemos de la biografía de más de cuatrocientos médicos de la época. Ibn an-Nafis se trasladó a El Cairo donde trabajó en una alta jefatura médica en la escuela de Mansoury. Se interesó por la circulación de la sangre, escribió un tratado sobre el pulso, cuyas ideas básicas le surgieron, como a Arquímedes, un día en que estaba en un baño público. Su trabajo sobre la circulación menor, del que existen algunos manuscritos en París, Damasco y Berlín, lleva por título "Comentario de Anatomía del Canon" —fechado hacia 1245—. Nafis negó la existencia de poros en el septum interventricular (idea seguida desde Galeno, mantenida por Avicena) hizo —quizá el primero— estudios de anatomía comparada, primicia atribuida a Vesa-

lio, y estableció los principios de la circulación menor, basado en la observación personal, la investigación sensata y el sentido común, según sus propias palabras. La primera noticia de este descubrimiento la tuvo el mundo occidental en 1924 con ocasión de la disertación inaugural de la Universidad de Friburgo, de M. Tatawi, según el trabajo de Barón Fernández en "Medicina e Historia".

Sería también interesante hablar de la organización hospitalaria de los grandes centros de formación, de la enseñanza oral de la medicina, de la figura del Hakim, el gran maestro, de los grandes conocimientos en la ciencia de las hierbas, de la espectacularidad de la cirugía.

Surgieron grandes hospitales que estimulaban la competencia científica, creando escuelas y excitando mutua y sana rivalidad. El hospital Nuri, en Damasco, fundado por Noui-al din. El Nasari, en El Cairo, fue construido por Saladino el Grande, el ya citado Mansoury. La institución hospitalaria islámica modélica es el Bimaristan, hospital general. El nombre deriva del indopersa: bimar: enfermo, y stam: casa, y corresponde aproximadamente al nosokomion griego. Su organización no parece superada por nuestros modernos hospitales: los enfermos mentales se aislaban en departamentos especiales, y se les pasaban controles regulares.

Refiere Heinrich Schipperges que a los pacientes alojados en el Maristan o Al-murabittan se les aplicaban ordenanzas según las cuales "todos los meses serán examinados estos enfermos por los funcionarios reales, para comprobar si ya han recuperado el juicio, y si es así, serán desencadenados y podrán marcharse". Sabemos de la terapia por sugestión a los melancólicos, de la terapia musical y la relación con danza y teatro en los jardines; leemos sobre la paciencia que era fundamental tener con los maniacos; se conocía una balneoterapia, ensayos de sueño prolongado y la consideración de la importancia del ambiente en los tratamientos psíquicos. Todo el repertorio de la psicoterapia —concluye Schipperges— puede observarse en el tratamiento de los locos.

En una revisión de Girón Irueste, del Departamento de Historia de la Facultad de Granada, abundante en estudios de medicina islámica, se señala la curiosidad de la escasez de hospitales en el Al-Andalus. Sólo dos hospitales y una casa cuna forma el inventario de los actualmente conocido sobre instituciones hospitalarias en Al-

Andalus, todo ello en Granada, su último reducto. Ninguno de ellos se conserva hoy, aunque del Maristan, ubicado en la ribera derecha del Darro, quedan testimonios gráficos y algunos pequeños fragmentos del edificio.

En la Biblioteca de El Escorial se conserva el Ms árabe 887, una única colección conocida de historias clínicas, que nos pone en contacto directo con el modo de relación médico-enfermos en la España musulmana. Constituye un texto lleno de frescor y viveza, de estilo directo, sobre el arte del interrogatorio al enfermo y de la enseñanza que el Hakim, a manera socrática, impartía sobre los casos clínicos. Su estudio, análisis y comentarios ha sido motivo de la tesis doctoral de Luisa María Ardivé. Sería igualmente instructivo adentrarnos en los conceptos psiquiátricos de la medicina árabe. El enfermo mental es ya considerado como un caso clínico, al margen de consideraciones mítico-mágicas-religiosas, propias de culturas anteriores y posteriores. Avicena, El Grande, es también aquí uno de los más destacados representantes. Siguiendo la doctrina galénica de los humores, Avicena amplía la teoría de la discrasia. La disarmonía de los humores de los ventrículos ocasiona alteraciones mentales, haciéndolas variar según su localización e intensidad. Pérdidas parciales, por ejemplo, de la imaginación o de la memoria, sí como enfermedades generales, tales la imbecilidad o los fenómenos cíclicos como la manía tienen su génesis somática. En el "Canon Medicinæ" aparecen, junto a la cefalgia y la amentia, la fantasmata y la amnesia: al lado de la frenitis y la hemigrania, la ninfomanía y el priapismo, junto a fenómenos de incubo y las manías.

Las artes, las letras, la arquitectura, las matemáticas, la ciencia natural, la organización social, todo un universo armónico, innovador, señorial, inquieto a la vez que tradicional, en cuyo seno y en consonancia con una forma específica de cultura, florece el saber médico. Imposible detenernos en las instancias literarias que daban soporte a esa cultura. Desde "El Collar de la Paloma" del teólogo Ibnhazawia, cantor del amor a la mística sufi de nuestro genial murciano Avenarabi, cuyas influencias llegan al Dante y a San Juan de la Cruz.

El pensamiento teórico del islamismo, nutrido en la tradición greco-latina, adquiere vigor propio. Secularizando, como vimos, la tradición profética se sabe adentrar por los caminos del saber cien-

tífico. Hagamos una breve reflexión final sobre el pensamiento de Avicena, de la mano de Erns Bloch.

Bloch considera a Abu Ali al-Hussein Obn Addallah Ibn Sina (latinizado el final como Avicena), nacido en el 980 en Afgana, cerca de Bujara, como uno de los primeros y más grandiosos entre los pensadores de todos los tiempos. Pertenece al ámbito cultural jorremico-iránico, y a partir del siglo VIII, desde los tiempos de Almanzor, lugar de fusión de las culturas árabe e iraní, cuya mentalidad liberal se transmitió posteriormente a Córdoba. En el seno de esa cultura se conoce algo más que el Koram, y se cultiva el saber más avanzado de su tiempo, en el contexto de una cultura mundana. Allí surgirán pensadores islámicos que son médicos antes que monjes, naturalistas antes que teólogos. Es la ciencia natural la que predomina en ellos. Avicena es un ejemplar exquisito de esta especie. Así, aún cuando está interpretando en sus escritos las suras del Koram, al referirse a la sura 36 niega la resurrección corporal de los muertos allí postulada. Roger Bacon encomiaba especialmente en la ciencia árabe su calidad de ciencia experimental, y Alexander Von Humboldt afirma que los árabes son los inventores de la experimentación premeditada y encauzada. Para Avicena no es Mahoma, sino Aristóteles la suprema encarnación del espíritu humano: imposible expresar con mayor acatamiento el carácter universal y preminente de la ciencia.

Señala Bloch cómo Avicena está en el origen de una divergente evolución de la tradición aristotélica. La escolástica cristiana continuará teniendo en gran estima a Aristóteles, pero la síntesis entre razón y fe la hizo la escolástica, dando primacía a la fe (*scientia ancilla theologiae*) en una línea que iría desde Anselmo de Canterbury a Santo Tomás, San Alberto Magno, los padres de la Iglesia, la neo-escolástica, etc... La revelación, desde esta perspectiva, no contiene sólo parábolas, sino verdades rigurosas y literales a las que la razón debe plegarse. "Credo quai absurdum".

Frente a esta derecha aristotélica, defiende Bloch que Avicena dio un primer paso intelectual de naturaleza especulativo, de imprevisibles consecuencias en su origen remontándose a Estraton, el peripatético, que cuestionó en su filosofía el teísmo de "Nous" puro, así como su radical separación de la materia. Estraton, apodado "El Físico", es el responsable de la primera inflexión naturalista del aristotelismo. En Avicena la materia aparece dotada de forma eficiente, y

de la misma manera, toda forma eficiente es provista de materia. Esta naturalización avicénica prospera después en el judeo-español Avicebrón, hasta llegar al concepto de "materia universalis" dotada de un eterno movimiento interior y uniformemente viva. Una "natura-naturans" no necesitada de un "nous" ni fuera ni por encima de ella, ni de un "Deus ex machina". Esta conceptualización dinámica de la materia se continuaría con Giordano Bruno, Baruch Spinoza y entroncaría en la época contemporánea con la dialéctica hegeliana y el materialismo histórico, dentro del método dialéctico, superador del materialismo vulgar, y promotor de un intento, no sabemos si acabado, de explicar el hombre y su historia.

Señores, ha pasado algún tiempo desde aquellas incursiones y asentamientos de bereberes, almohades, almorávides y nazaríes en tierras Al-Andalus. El yate impresionante de Al-Yamani, o los aviones privateniendo su cita en la historia. Con frecuencia se buscan y se encuentran. El eterno retorno no descansa. Ahora mismo, a las puertas del siglo XXI, a lomos del petrodólar, los árabes cabalgan de nuevo por Al Andalus. El yate impresionante de Al-Jamai, o los aviones privados de Kashogui, con sus séquitos, se posan sobre las dulces tierras empobrecidas de nuestro Al-Andalus, en una invasión pacífica y pesetera, alejada del fervor de la guerra santa, con la complacencia del Ministerio de Turismo y de Allah, el grande y misericordioso. El jeque Almujamana recordaréis que había posado hace poco su mirada de beduino en los arenales de La Manga y a punto estuvo de reconvertirnos. Habrá que esperar, pues, un poco para ver cómo queda este segundo asalto de los príncipes árabes enriquecidos por el petróleo sobre nuestra reserva de occidente.

Querido Emilio, en nombre del presidente y de los compañeros de Academia, que tan generosamente me han permitido dedicarte estas palabra de acogimiento en nuestra Casa, quiero felicitarte por el buen pie con que has entrado, darte las gracias por las enseñanzas que nos has brindado esta noche, ofrecerte nuestra más leal y abierta amistad y colaboración, al tiempo que te las demandamos, y desearte que la Providencia y el Baraca d'Allah iluminen tu camino.